

*** UN NUEVO TIEMPO LITÚRGICO**

- ♦ El *rasgo característico* de la Cuaresma es la invitación a la conversión y una conversión tanto personal como comunitaria. Así, la liturgia de este tiempo nos remite constantemente a este deseo de Dios para sus hijos. Oraciones, lecturas, cantos, signos litúrgicos... todo nos invita a la conversión, es decir, a volver nuestros ojos y nuestra vida a Dios.
- ♦ El *sentido de la conversión* cuaresmal es prepararnos para celebrar con el corazón limpio la fiesta de las fiestas: la Pascua, esto es, la pasión, muerte, sepultura y resurrección de nuestro Salvador. No debemos olvidar nunca que la meta del itinerario cuaresmal es la Pascua. Siempre hemos de tener presente en las celebraciones cuaresmales el horizonte, la meta, hacia la que nos dirigimos.
- ♦ En este camino de conversión cuaresmal tiene una relevancia especial el *bautismo*, y de manera especial en este ciclo A. Es en el tiempo de Cuaresma cuando antiguamente, y también ahora, los catecúmenos intensificaban y concluían su preparación para recibir los sacramentos de la iniciación cristiana –bautismo, confirmación y eucaristía– en la noche de Pascua. Pero también para nosotros es un tiempo de preparación bautismal, ya que en la Vigilia Pascual todos los fieles renovamos nuestras promesas bautismales. Y que así tengamos presente nuestro bautismo, que fue el medio a través del cual morimos al hombre viejo y nacimos al hombre nuevo, el medio a través del cual nos incorporamos a la muerte de Cristo para resucitar con él. Por tanto, no debemos perder de vista este importante aspecto a lo largo de toda la Cuaresma.
- ♦ La Cuaresma, como otros tiempos litúrgicos, tiene unos *signos litúrgicos específicos* que también deberemos tener presentes. El primero de ellos es el color morado, color penitencial, que tiñe todas las vestiduras litúrgicas. El segundo de ellos es la sobriedad exterior para que nada desvíe nuestra atención de lo sustancial: no se colocan flores para adornar el altar, el órgano es utilizado únicamente para sostener el canto de la asamblea. El tercero de ellos es la ausencia de signos festivos para remarcar el carácter penitencial: no se canta ni el «Gloria» ni el «Aleluya». El cuarto de ellos es la posibilidad de comenzar la celebración cantando la letanía de los santos para pedir la ayuda, en nuestro camino hacia la Pascua, de aquellos que ya participan de la Pascua eterna.
- ♦ Y junto a estos signos litúrgicos, la Iglesia nos ofrece los medios tradicionales para favorecer nuestra conversión: *oración, ayuno y limosna*.

* LA IMPOSICIÓN DE LA CENIZA

El gesto simbólico que la liturgia reserva para el inicio de la Cuaresma es la imposición de la ceniza; gesto que se realiza después de la liturgia de la palabra. La ceniza nos recuerda que somos polvo, seres caducos, y nos invita por tanto a ser humildes y a abrir nuestro corazón a Dios, que rompe nuestra caducidad y supera nuestra finitud. Conviene hacerlo bien, explicarlo brevemente y acompañarlo con los cantos adecuados. Y crear así el clima propicio para que nos impregnemos del espíritu de conversión propio de la Cuaresma.

Como ha sugerido en repetidas ocasiones MD, el gesto de la imposición de la ceniza se podría complementar con un beso al Leccionario o al Evangelionario (o tocarlo con la mano y santiguarse). Así imponemos la ceniza diciendo a cada uno: *acuérdate que eres polvo y al polvo volverás*. Y seguidamente besa el Leccionario mientras se le dice: *conviértete y cree en el Evangelio*.

* LA LLAMADA A LA CONVERSIÓN

Las lecturas de este primer día de Cuaresma contienen una insistente llamada a la conversión. *Convertíos al Señor Dios vuestro*, escucharemos en la primera lectura tomada del libro de Joel. *Os pedimos que os reconciliéis con Dios*, es la exhortación que nos dirige san Pablo en la segunda lectura. Y también la oración colecta ahonda en esta dirección: *que nos mantengamos en espíritu de conversión*.

Una conversión que se plasma en la práctica con autenticidad de la oración, el ayuno y la limosna, tal y como describirá Jesús en el evangelio. No para ser vistos por los hombres sino para que sea Dios quien lo perciba. Este camino clásico de la penitencia cuaresmal intenta renovar a la persona en sus tres relaciones vitales: con Dios, con uno mismo y con los demás.

Así la *oración* abre nuestro corazón a Dios. En la Cuaresma debiéramos cuidar e intensificar nuestra oración personal y comunitaria. El *ayuno* es el camino para renunciar a tantas cosas superfluas que invaden nuestro corazón. La Cuaresma deberá servirnos para analizar nuestro interior, ver todo lo que alberga nuestro corazón y descubrir de qué debo ayunar para dejar espacio a Dios. Y la *limosna* nos hace mirar a los demás y dejar de lado nuestro egoísmo innato. Dar y compartir nuestro dinero, las cosas, el tiempo, nuestras capacidades y cualidades... ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con quién?

□ JOSÉ ANTONIO GOÑI

Sacerdote de la diócesis de Pamplona